



# Cena de otoño

**María Soco Ramos Carro**

**E**lla no era la criada de Veermer. Ni siquiera sabía quién era Veermer. Pero, al igual que hiciera la muchacha del pintor, estudiaba con detenimiento los colores y las texturas de frutas y verduras.

Estaba preocupada por la preparación del menú, por la selección de los platos que debía de elaborar esa noche para un invitado de excepción. A decir



---

verdad cualquier convidado podría haber sido considerado excepcional ya que nunca, nunca, nunca, en sus casi cincuenta años de vida, había acudido un hombre a su casa.

Bueno, eso no era del todo cierto. Había entrado una vez el fontanero cuando se rompió la tubería del lavabo y la vecina del tercero había subido hecha una furia a quejarse; y cada cuatro años llamaba a su puerta el inspector del gas. Pero a eso no se le podía calificar como visitas masculinas. Eran empleados. Nada más.

De cualquier modo este de hoy era un hombre realmente muy especial.

Comenzó a sacar cosas de la bolsa y las fue colocando ordenadamente. Primero los pimientos, que estiraban curiosos sus morros puntiagudos.

Reunió en el centro de la mesa las verduras: lechuga, brócoli, espinacas, acelgas....

La lombarda (mortificada por no se sabe bien qué culpa) se recogía austera en sus hojas moradas, mientras que las berenjenas, charoladas como zapatos de fiesta, las ignoraban y pretendían rivalizar con el orgullo amarillo de los limones...

Luego cogió los tomates y a su lado puso los corazones rojos de las fresas. Ante la presencia de las fresas se enjugó una lágrima ya que le hicieron recordar el paseo del día anterior por el campo, -él y ella- tomados de la mano con una timidez inadecuada de adolescencia, en una tarde otoñal que ella hubiese querido eterna.

Abrió el frigorífico. Sí, allí estaban las moras que habían arrancado de las zarzas a la vera del camino (él se había arañado la piel al intentar cogerlas); y unos cuantos berros crecidos al pie de un manantial. Volvió con ellos a la mesa y los situó en un lugar preferente. Terminó de vaciar la cesta y un aroma nuevo vino a sumarse a la serie de olores que pugnaban entre sí por dominar el conjunto. Las recién llegadas, orondas y fragantes, reinaron de inmediato.

El penetrante perfume de las naranjas la sumió en pretéritos y nunca cumplidos sueños de azahar.

---

---

Se obligó a despertar.

“Él” no tardaría en llegar y ella aún no sabía cómo combinar aquella variedad de sabores, colores y texturas. De pronto tomó una decisión: No los alteraría. Ningún condimento, ninguna salsa que enmascarara su auténtica esencia. La comida sería primitiva y frugal. Ya llegaría un tiempo (si es que llegaba) de cocinar platos más sofisticados. Lo importante hoy era superar el reto que ella misma, impulsivamente, se había impuesto.

Sonó al fin el timbre. Un hombre. Una vacilación Un titubeo... Ella le condujo al salón.

Le preparó un vermouth con una rodaja de limón asomada al borde del vaso como un pequeño sol naciente, pero antes de ofrecérselo retiró el limón y se lo puso en la boca.

- ¿Qué sientes?

- Siento el escalofrío del amanecer.

- Eso es “amarillo”

Cuando se sentaron a la mesa del comedor ya los berros estaban dispuestos en el plato. Esperó a que “él” los probara.

- ¿Qué te parece?

- Mezclan el aroma de la hierba húmeda con el rumor del agua.

- Eso es “verde”.

A continuación le pasó un puñado de las moras que ambos habían recolectado. Sus insignificantes granitos se le clavaron en la encías y le lastimaron como cilicios minúsculos.

- Así es el color de la penitencia y la expiación: “morado” –le explicó-.

Él sonrió con una ternura agradecida.

---

---

La tarde anterior le había dicho:

*“Puedo sentir el frío y el calor. Recorrer la aspereza o la lisura de los objetos con la yema de mis dedos. Figurarme la forma de una montaña agigantando con la imaginación un pequeño montículo de arena formado por mis manos.... Pero los colores... ¿Cómo percibir los colores....? ¿Qué se oculta tras la palabra azul, o rojo, o verde para un ciego...?”*

Ella, en un arrebato irreflexivo, le aseguró que le enseñaría a descubrir los colores, a diferenciarlos, a sentirlos y a gozar de su significado. Por eso había ideado aquella cena absurda de la que, estaba segura, pendía su felicidad.

Peló una naranja y se la entregó.

- ¿Qué te recuerda?

- La plenitud de un cuerpo tendido al sol en la playa.

(Ella pensó que tal vez era una suerte que él no pudiera mirarla y observar en su cuerpo los estragos del tiempo).

- Es “naranja” –le dijo.

Finalmente guió su mano y le hizo tomar una fresa del plato de cristal.

La paladeó en silencio.

- ¿Y...?

Él continuó callado, demorándose en aquel sabor agridulce.

- ¿Y...?

- Aúna la dulzura de mi madre con la amargura de ser ciego y no poder corresponder a sus miradas.

- Tienes razón. En el color rojo se funden el amor y el dolor.

---

---

Enmudecieron los dos, cada cual evocando pasiones y desengaños sufridos en soledad.

Al cabo, “él” rompió su mutismo.

- Pero... azul... azul... ¿qué es azul...?

Ella miró desolada a su alrededor. Todo el tiempo había estado temiendo esa pregunta.

- ¿Azul...? ¿Me preguntas qué es azul...?

Se inclinó y le besó con pasión en la boca.

- Esto es “azul”.

Hubo un temblor. O a ella se lo pareció. Aunque muy bien podría deberse al parpadeo de las velas encendidas que el hombre no podía percibir. Para él, las velas, las luces, los soles todos, habían permanecido siempre apagados en la negrura de la ceguera.

- ¡Azul...! ¡Azul...! ¡Si esto es azul...no puede existir un color más hermoso!

...Y a tientas buscó y encontró su cuerpo.

---